

a Dionisio, después de sacudirlo de la camisa, porque le habló de tú, como siempre, por poco lo mandó arrestado, perdonándolo con la condición de que en lo sucesivo todos le daríamos el tratamiento de coronel.

Al fin dispuso que nos dieran un poco de café y un plato de frijoles y nos envió con un capitán que se hizo cargo de nuestra instrucción en el manejo de los fusiles. El jefe que nos dió tenía a su cargo catorce hombres y de éstos tomó los fusiles para que hiciéramos la instrucción. En menos de media hora, y después de maltratarnos mucho porque no entendíamos pronto, nos declaró listos para incorporarnos a la fuerza, pero sin más armas que machetes viejos, hasta que hubiera fusiles.

Mientras nos presentaban al jefe nos dejaron en un caserón medio derribado y los cabos nos obligaron a barrer los patios, traer agua del barranco para los caballos y otros servicios domésticos.

Cerca de medio día sonó una corneta y todos corrieron a coger los fusiles formándose en el patio. Era que se acercaba el «general» el cual entró rodeado de diez o doce jefes más, con muchas cananas, pistolas y sables de todas formas y tamaños. Era el estado mayor del «general» y entre éste venía el barbero.

Nos hicieron formar, y Moisés nos presentó al jefe y a los que lo acompañaban.

El «general» nos habló con mejor modo que el barbero; se enteró de si nos habían dado el desayuno, y ordenó que se nos incorporara a la fuerza de Moisés, pero éste se negó a ello alegando que éramos muy «parejeros» e indicando al «general» que mejor nos repartiera en las compañías. El muy perro no había olvidado la confianza de Dionisio que no lo llamó «coronel».

El «general» se encogió de hombros y el mismo Moisés nos fué llamando y en grupos de dos o tres nos entregó como borregos a los cabos y sargentos de cada grupo.

Todos estábamos arrepentidos de habernos unido a aquella partida de facinerosos que daban un trato infame a los revolucionarios y a nosotros nos tomaban como criados.

Dionisio, yo y Pancho caímos en ma-

nos de un capitán llamado Juan Ortíz que mandaba unos treinta hombres, y casi otras tantas mujeres entre las que figuraban cuatro o cinco que formaban su serrallo y lo servían de criadas por miedo a los golpes que les daba con el menor pretexto.

Las mujeres servían no sólo para preparar las tortillas y hacer el rancho en latas de petróleo sino para cargar el petate, las mantas y los trastos de cocinar. A nosotros, como no había fusiles, ni teníamos *soldaderas* que nos hicieran de comer, nos encargaron de las seis mulas que cargaban el parque y de ayudar a las mujeres que tenía para su servicio el capitán Ortíz.

Todos estábamos resueltos a escaparnos en la primera ocasión pero se nos vigilaba como a presos y nos hubieran alcanzado antes de llegar a las avanzadas.

Entre la gente se decía que muy pronto «caeríamos» sobre *Las Tres Estrellas*; que Moisés era el que iba a mandar la expedición, pero mi «capitán» estaba empeñado en ser de la partida a lo que se oponía el barbero.

Por la noche, y mientras lavaba yo los trastos de la casa pregunté a una joven de las que servían al capitán, por qué reñían éste y el barbero.

La infeliz me hizo señas de que callara y cuando se alejaron las demás me dijo entre lágrimas que el lépero de su hombre el capitán, quería venir a *Las Tres Estrellas*,—aquí Carlos me miró y no sabía cómo continuar.

—Vamos,—le dije,—¿qué interés tenía aquel malvado en ser de los que nos asaltaban?

—¿Qué quiere su merced que le diga, si a mí «mero» me dió espanto oírlo?

Aquel sinvergüenza esperaba poderse llevar a la niña Rosa, y el barbero no quería que lo acompañara, según él decía porque no quería que se les hiciera daño a ustedes, pero la mujer aquella me dijo que en sus borracheras, su hombre y el barbero ya se habían dado de golpes por quién se llevaría a Rosita.

Aunque esperaba esta infamia, te digo, Manolo, que sentí mi frente cubrirse de sudor frío; una nube pasó por mis ojos y sin poderlo evitar apreté el brazo de Carlos preguntándole: